

**EL CLUB SOCIAL COMO REPRESENTACIÓN SOCIAL Y
MODELADOR DE LA ÉLITE DE LA RIOJA AL COMIENZO
DEL SIGLO XX**

**THE SOCIAL CLUB AS A SOCIAL REPRESENTATION AND
MODELER OF THE RIOJA ELITE, AT THE BEGINNING
OF THE 20TH CENTURY**

Juan Carlos Giuliano*

RESUMEN

Este trabajo investiga el rol de Club Social en la caracterización de la identidad social de la elite dirigente de La Rioja, a partir del aporte que significó la socialización de sus miembros en sus instalaciones, creando información acerca de *sí* y de *los otros*, como parte del dispositivo para adoptar sistemas de categorización y evaluación de pertenencia, con el objetivo de representar en exclusividad la esencia de la riojanidad.

Mediante metodología de Historia Oral se procedió a analizar relatos, y se contrastó con publicaciones existentes en archivos y bibliotecas.

La conclusión a que se arribó da respuesta a la hipótesis acerca del contenido simbólico del Club, interpretando, a partir de él, los dispositivos de construcción de identidad que operaron como mecanismos de control social.

Palabras clave: Historia Social, La Rioja, Club Social, identidad, élite

* El autor es Licenciado en Historia con orientación en Arqueología egresado de la Universidad Nacional de La Rioja (UNLaR) y Arquitecto egresado de la Universidad Nacional de Rosario (UNR) (giovannigiulianoar@gmail.com)

Artículo recibido: 24 de agosto 2017. Artículo aceptado: 14 de septiembre 2017

ABSTRACT

This paper investigates the role of the Social Club in the shaping of the social identity of the ruling elite of La Rioja, based on the contribution of the socialization of members in its facilities and creating information about *the self* and *the others* as part of the device implemented to adopt systems of categorization and evaluation of membership, with the aim of exclusively representing the essence of the identity of La Rioja.

With the methodology of Oral History, a series of stories were analyzed and contrasted with existing publications in archives and libraries.

The conclusion provides answers to the hypothesis of the symbolic content of the Club, obtaining an interpretation of the devices of identity construction that operated as mechanisms of social control.

Key words: Social History, La Rioja, Social Club, identity, élite

Introducción

La investigación surgió como búsqueda de la explicitación de la identidad, o identidades, de los habitantes de La Rioja, entendiendo que esta noción lleva implícita la comparación con *el otro* y el reconocimiento de diferencias. Presupone que cada grupo identitario tiene diferentes expresiones culturales que implican representaciones simbólicas, valores y patrones de comportamiento, *estilo de vida*, no siendo lo mismo la cultura de las elites dirigentes que la cultura de los sectores populares o de los sectores dominantes, que la de los sectores subalternos.

Entendemos como elites dirigentes a aquel grupo minoritario que manda, gobierna y dirige, desempeña las funciones políticas, monopoliza el poder y disfruta de sus ventajas. Tenti (2013) dice que estos grupos se sienten justificadamente ubicados en la posición que detentan, se sienten superiores por el poder y prestigio que ellos mismos construyen, y se sustentan en una sociedad con casi nula movilidad social. A diferencia de estos, dicen Semán *et al* (2016), los sectores populares son el grupo mayoritario, regulado y dirigido por aquellos. Son las clases bajas, sujetos económicamente oprimidos, en un aspecto más complejo que la propuesta marxista de clases determinadas por la posesión o no de los medios de producción. Son un conjunto heterogéneo de grupos en una posición subordinada que surge de una combinación de criterios políticos y económicos, ubicados en una posición estructural que deviene de una discriminación tolerada y aceptada, que supone y naturaliza la situación de subordinación, dominación, explotación y exclusión.

Particularmente se investigó el código simbólico de las elites dirigentes, al que acuden sus miembros para diferenciarse *de los otros*, y cuya producción y reproducción tiene un ámbito físico aparente, que fue el objeto de investigación:

el Club Social de La Rioja. Este ámbito de representación fue, y es visto, de manera distinta por los sectores dominantes y por los sectores subalternos, e intentaremos verificarlo. A partir del Club Social, se pretende descubrir la construcción de la identidad de estas elites dirigentes, sobre todo en el momento en que el patriciado que ostentaba privilegios desde la fundación de la ciudad, debió ceder posiciones, primero ante una burguesía comercial económicamente cada vez más poderosa, y luego un estamento de funcionarios políticos, todos en busca de prestigio.

Sobre el Club Social, como relación entre éste y las elites dirigentes, y sus significados sociales, nada se había investigado, menos aún sobre la institución Club Social como constructora de identidad aunque, a partir de la década de 1980, se hicieron estudios sobre la construcción de redes sociales y de parentesco en la conformación de la elite de La Rioja (entre otros Boixadós, 2001, Lorandi *et al.*, 2004 y Saguier, 1993). Esto se visualiza, no obstante, como de vital importancia para la historia y para los procesos de construcción de identidades a nivel local, y por supuesto para encontrar respuestas a las interacciones sociales o definir las relaciones entre dominadores y subalternos, en una época donde primaron fuertes divisiones sociales (*sensu* Navarro García, 1989).

Se propone, entonces, buscar huellas e indicios de las interacciones personales en el Club Social de La Rioja, para intentar responder a algunos de estos interrogantes: ¿Cuál fue la estrategia, los rasgos y perfiles que expresaban esos sectores de elite, confrontado con los sectores populares? ¿Fueron ciertos aspectos, que implican la ostentación, un símbolo de pertenencia y exclusión? ¿Fue el Club expresión de esa pertenencia? ¿Fue el Club la representación física del poder de las elites y su celebración, como edificio simbólico, junto a las sedes del poder político y eclesiástico, teniendo en cuenta que los socios y las autoridades civiles se mixturaban ostensiblemente?

Todas estas preguntas tuvieron *a priori* una respuesta que se materializó en una hipótesis de trabajo que era que el Club Social representó desde sus primeros pasos a finales del siglo XIX, hasta bien avanzado el siglo XX, el espíritu de pertenencia de las elites dirigentes de La Rioja, mediante la reunión frecuente de los socios, uniformando en lo posible las posiciones políticas por medio de la discusión distendida, y mancomunando sus esfuerzos para el mantenimiento del *orden social*, generando rasgos identitarios propios de ese grupo.

Esta institución particular tuvo la capacidad transmisora de mensajes sutiles, dejando oír tanto las voces sonoras de una parte de la sociedad, como del *otro* silenciado, expresando cómo se plasmaron las condiciones y relaciones sociales asimétricas al momento de su funcionamiento pleno.

Marco teórico-metodológico

Percibiendo la búsqueda del conocimiento muy lejos del concepto positivista de la ciencia despojada de intencionalidad política, y neutra en sus efectos de aplicación, se pretendió que la adjetivación del objeto de estudio, al valorarlo y considerarlo en cuanto a producción social, abandone su inmovilidad en el tiempo-espacio para recomponerse como continuidad y expresión del pensamiento actual, con la carga de significados válidos para el ahora, tensionando las explicaciones en las que lo encasillaron oportunamente las ideologías dominantes (*sensu* Haber 2013).

Para ello, se documentaron testimonios orales de socios para ahondar en su pensamiento, se relevaron archivos y se leyeron publicaciones de la época. Cada uno de los elementos analizados se constituyó como dato, en relación a un contexto que por recurrencia construyó las significaciones. No fue una relación con documentos gráficos oficiales, como objetos de estudio en sí, sino con sujetos concretos que podían concretarse en *memorias* actuales, utilizando herramientas científicas y metodológicas de Historia Oral, incorporando así diversas fuentes: materiales, escritas y orales (*sensu* Jofré et al, 2010), generándose interpretaciones provisionales, hermenéuticas, que permitieron avanzar en la investigación de las asimetrías sociales. También reconocer la importancia de la realidad simbólica por encima del materialismo puro, sin ser la sola denuncia. Las relaciones no fueron un tópico verificable unidireccionalmente por el trabajo de campo o la lectura de textos, como correspondería a un marco hipotético-deductivo, sino que la hipótesis sirvió como guía generadora-disparadora de preguntas a responder, para construir un modelo sociopolítico y orientar los esfuerzos para hacer visible y comprensible, en primer lugar, cómo y a través de qué mecanismos se manifestó la estratificación social, y se hizo posible y aceptable, como naturalización de la identidad social. Y segundo, cómo esta construcción simbólica reforzó el modelo de una identidad de un grupo, por contraposición a otros modelos identitarios.

Este trabajo pretendió abrir una primera etapa exploratoria que tuviera el suficiente potencial para nuevos y más claros interrogantes a responder en el futuro, y aportar elementos a la investigación marco que lo contiene: “Tradiciones Culturales en La Rioja: La Junta de Historia y Letras, la Chaya y el Club Social como expresión de identidades”, financiado por SeCyT de la UNLaR. Consistió en analizar-interpretar los datos logrados-construidos, incluyendo como tales las vivencias de algunas personas actuales en relación con el objeto de estudio, realizar observaciones, revisar y clasificar documentos escritos cuando fue necesario.

Resultados

El marco histórico

A partir de 1880, la Argentina acometió su organización como nación bajo el lema “paz y administración” que caracterizó la presidencia de Julio A. Roca (1880-1886).

Ante los hombres que formaban la dirigencia de cada provincia –conocidos como Generación del Ochenta– se abrió entonces un campo propicio para las realizaciones institucionales. Mucho era, por cierto, lo que había por hacer en el ámbito administrativo oficial, pero también mucho lo que podía y debía hacerse desde el punto de vista social y cultural.

La Rioja acababa de terminar el ciclo de primacía de caudillos rurales de prosapia ganadera, dando lugar al manejo de la cosa pública por parte de la elite citadina con base económica en la agricultura, y el usufructo de cargos políticos oficiales.

El orden, concepto estructurador que se convirtió en emblema de la época, que en otro tiempo estaba en manos de una serie descentralizada de caudillos, se convirtió en una institución ejecutiva centralizada, que tomó para sí muchos poderes antes dispersos, inmiscuyéndose en la estructura social, económica y militar.

En ese marco, generó un relato social para legitimar la nueva situación. Se hizo a partir de biografías de personas ejemplares que habitaran esa sociedad, ora exaltando valores, ora denigrando actitudes, y operaba simbólicamente para reforzar las relaciones entre los miembros de las élites políticas, militares y económicas, dado que en muchos casos las personas formaban parte de las tres, o al menos poseían un punto de vista unificado sobre el mundo.

El Club Social La Rioja

El Club Social de La Rioja, fundado oficialmente el 17 de mayo de 1906, pero que venía desarrollando actividades desde una década antes, surgió precisamente de ese contexto. Fue impulsado por hombres representativos de la actividad política y económica de la provincia, y la idea que los animaba fue la de dar origen a una entidad capaz de organizar y regir la vida social, que fuera un centro de encuentro de primer orden, similar a clubes que habían conocido en sus viajes a Buenos Aires.

Así, El Club –como se lo conoció– logró su finalidad a través de diversas actividades sociales, principalmente bailes, tertulias, conciertos, donde se encontraban las más importantes personalidades del momento. El billar, el ajedrez y los

juegos de cartas fueron complementos de sus actividades. Ese fue el carácter que mantuvo el club durante largo tiempo, amalgamando las nuevas costumbres de la ciudad. Sirvió en todos los años como factor aglutinante de las elites dirigentes riojanas que concentraban propiedades, vínculos familiares, cargos públicos y beneficios financieros e impositivos del Estado, incluyendo las inversiones en obras para disposición de la escasa agua para riego. En sus reuniones exclusivas, los distintos miembros que lo componían se conocían entre sí, entremezclando sus intereses mediante relaciones amistosas o sentimentales, mediante la reunión casi diaria de los hombres más destacados, donde se borraban prevenciones y desconfianza, uniformando en lo posible las opiniones. El estilo de vida dentro de estos espacios de sociabilidad fue la parte visible de este estamento social. No eran una clase social, pero sí un emergente de las raíces de la identidad, de la autopercepción y de identificación de intereses comunes, por lo que la apropiación de ciertos aspectos del estilo configuraban una vía de acceso a relaciones con otros integrantes de su estamento social, y una oportunidad para acceder a negocios, recursos, información o conocimientos (*sensu* Sautu, 2016).

Rasgos y perfiles que expresaban los sectores de elite a comienzos del siglo XX

Es importante analizar la sociedad urbana de La Rioja de fines del siglo XIX y principios del XX a partir de tres cambios significativos respecto de épocas anteriores: un cambio en la composición étnica de la población nativa, con una notoria disminución del estrato indígena desde principios del siglo XIX, inversamente proporcional al aumento de la población negra. Segundo, un cambio en los ámbitos públicos en los que la gente tenía oportunidad de socializar, verse e interactuar. Y tercero, una inmigración extranjera que comenzaba a ocupar un lugar preponderante en la nueva composición de la población citadina.

Hay que resaltar en el análisis del primer punto, lo que fue el proceso de hibridación blanco-negro (etnias que representaban 34% y 43% respectivamente en 1816). Este se vio favorecido por la integración y convivencia de los negros en el ambiente doméstico de las familias blancas, y por su mayor sumisión y docilidad, en comparación al indio. Importa también que en una sociedad sólidamente aferrada a expresiones religiosas y prejuicios sociales en cuanto a la licitud de uniones interétnicas, es verosímil que muchos niños anotados como hijos de esclavos hayan sido, sin embargo, fruto de relaciones de varones blancos con sus esclavas. De hecho, el mestizaje fue tan importante como para licuar en el curso de una centuria, a la antes mayoritaria población negra, que dejó así de

tener existencia visible reconocida según Bazán (1992), Robledo (2010), e *Informe 1*. La fuerza de los afroestizos en su empuje ascensional, rompiendo la línea de color mediante diversas estrategias, dio su fruto contribuyendo en gran medida a la ruptura de la sociedad americana colonial de castas, y el lento entrecruzamiento cultural (hablar castellano, cristianizarse, vestir a lo español) produjo un despacioso pero continuo camino de movilidad social ascendente, que había comenzado por lo físico, pero derivó finalmente en la participación política, acceso a trabajos bien remunerados y expresiones culturales, como dice Guzmán (1990). Esto conllevó a que prácticamente todas las familias de La Rioja tuvieran miembros mestizos, lo que hizo necesario resaltar la pureza de sangre de los pocos privilegiados para diferenciarse por ello, y la necesidad de todos de rescatar la raigambre colonial fundacional de la estirpe, para poder crear fuertes lazos familiares o sociales, verdaderas redes, que permitieran la salvaguarda del honor familiar (muy unido al concepto patrimonial) y la garantía de una unión matrimonial conveniente en el futuro, para consolidar bienes y poder, parientes y clientes. Esa familia tenía una organización tipo patriarcal, alrededor de la figura del esposo-padre, y su autoridad era sostenida por la Iglesia y el Estado, por cuanto se convertía en un medio de socialización de la moral y la política, como ilustran Bragoni (1999), y González Iramáin (1945). El lustre de los apellidos fundadores se basaba en las guerras de conquista del territorio y el sofocamiento de las rebeliones indígenas que habían constituido, desde la colonia, la base de elaboración y de formación de la elite local como grupo de pertenencia, porque por esos servicios recibían tierras e indios encomendados. Sostienen Boixadós (2001), Lorandi *et al* (2004) y Saguier (1993) que la condición de vecino y encomendero permitía a su vez el acceso a los principales cargos en el gobierno colonial local, y conectaban estrechamente el poder económico y social, con el poder político.

La segunda cuestión a tener en consideración es que existían, hasta fines del siglo XIX, ámbitos domésticos y urbanos en que toda la población –de hábitos aún pueblerinos, dada la pequeñez del núcleo urbano de La Rioja que apenas reunía unos 5.000 habitantes– tenía ocasión de conocerse, verse, mostrarse y entrar en contacto, y forjar la reputación de un individuo. Cuenta González Iramáin (1945) que eran la típica vivienda tradicional, de modelo pompeyano, bastante extrovertida, concebida para usos privados y públicos que se superponían, además de las calles, el pórtico de las iglesias, la plaza o el mercado, pues aunque un abismo social y jurídico pudiera separar a los protagonistas, todos se movían en los mismos lugares. No obstante ese compartir espacios, quedaba bien en claro quién era cada quién en la relación estamentaria que venía de la

colonia. Pero, según Giuliano (1993) o González Bernaldo (1999), la sociedad urbana de comienzos del siglo XX había crecido, rompiendo los moldes tradicionales, e impuso cambios a la *gente decente*, retrayéndoles a viviendas de uso exclusivamente familiar o de recepción, generando sensibilidad y gusto por la privacidad, excluyendo la co-residencia con el personal doméstico. Paralelamente, en la ciudad, se transformaron los espacios para hacerlos menos accesibles a *la plebe*, ya que la situación política y de guerras civiles los había transformado en peligrosos. Si bien la elite no renunció al uso de los lugares públicos, existió voluntad de racionalizarlos con medidas que implicaban un mayor control de los espacios de sociabilidad, a efectos de impedir que éstos sean lugar de *relajo popular*. Entonces, *la Plaza* dejó de ser un terreno vacío de múltiples usos, para transformarse en un jardín a la francesa para paseo y exhibición, las funciones de gobierno abandonaron *el palacio del pueblo* como se conocía a la casa particular de los Bustos, donde vida doméstica y funciones administrativas se superponían, y se trasladó a un nuevo edificio construido ex profeso. También se reglamentaron los festejos populares, valiendo como ejemplo las prohibiciones sobre ciertas expresiones picarescas en la fiesta patronal *Tinkunaco*, a partir del concepto que las “*gentes que en los días ordinarios trabajan y se conducen como seres razonables, pero que esos días parecen desenterrar de su sepulcro de tres siglos, toda una época de barbarie*” (González, 1971, p.104). Por último, en tercer orden pero no por ello menos importante, debe entenderse que si bien en La Rioja la inmigración fue mucho menor que en las provincias cerealeras, trajo diversificación de actividades, y beneficios derivados de los recursos que en las pampas se generaban. El Estado nacional fue el principal impulsor, ya que construía edificios y creaba burocracia para su estructura administrativa, jurídica, educativa y política. Pero para 1910, eran pocos los inmigrantes europeos que habían llegado a La Rioja, y en cambio hubo un aluvión de *turcos* (sirio-libaneses), que despertaron recelo por no ser cristianos, y además por dedicarse fundamentalmente al comercio, ya que los terratenientes esperaban brazos que nunca llegaron para sus campos. Ello produjo una reacción xenófoba que no se hizo esperar, según Bravo Tedín (2004), y fue determinante de actitudes discriminatorias.

Fundamentalmente, los cambios en estos tres aspectos mencionados produjeron transformaciones en la sociabilidad de la elite dirigente, con una *modernización* particular, muy conservadora en muchos aspectos, fundada sobre el nivel de pureza de sangre blanca castellana, las antiguas tradiciones, apegada a los viejos *buenos hábitos* de la época colonial, a sus ritmos y al modelo de familia patriarcal. En el aspecto de las mentalidades, la principal preocupación consistió

en generar un fuerte sentimiento de supremacía de los criollos viejos frente a los recién llegados extranjeros, que según Terán (2008) implicaba un refuerzo de los vínculos tradicionales y redes sociales, para poder seguir manejando los resortes de la economía local y del nuevo Estado que se estaba consolidando. Justamente, según afirman Devoto (1999), Conti (2008), y Quiñónez (2009), una de las características que diferenciaba a los sectores de esta elite dirigente de aquellos que no lo eran, fue su participación en ámbitos de gobierno y de decisión política, es decir, el ejercicio del poder.

En ese marco nació el Club Social, como cometido que se propuso un grupo de notables que reunían las ventajas de la posición social, el manejo político y económico del Estado, y el prestigio. Por ello representó, hasta mediados del siglo XX, el espíritu de pertenencia de las elites de La Rioja, reuniendo a *los caballeros más respetables*, uniformando en lo posible el modo de ver, escribir, vestirse y sentir, y aunando las posiciones políticas por medio de la discusión distendida, mancomunando sus esfuerzos para el mantenimiento del orden social. En síntesis, determinando lo correcto y lo incorrecto, generando rasgos comunes propios que se proponían como identitarios del grupo, en tanto identidad colectiva. Esta fue fundamentalmente una construcción subjetiva, producto de interacciones permanentes mediante las cuales esos mismos sujetos delimitaron lo propio, frente a lo ajeno. Son los atributos de los que hace apología Joaquín V. González al hablar de su bisabuelo:

Duro, inflexible y áspero... tenía también su espíritu las dulces conmociones de una naturaleza delicada y poética. Fue nervio del Municipio riojano cuando el cabildo regía la ciudad, fue guerrero cuando se le mandó traspasar los Andes, fue estadista cuando hubo de regirse el pueblo por sí mismo, y fue mártir cuando la barbarie criolla levantó lanzas y sables para devastar en embrión la obra de la independencia (González, 1971, p.131).

Resumidamente, un modelo familiar patriarcal, de ancestros duros pero cultos, con raíces en la colonia española, con manejo de la cosa pública, y convencidos que las clases populares son los responsables del atraso del país. El Club, a la vez de reproducir estos valores que las elites sentían legítimamente representativos de los hombres de bien de La Rioja, servía para disciplinar y seleccionar la parte de la sociedad que representaba. El Club actuaba en las elites, de igual forma que para otros sectores lo hacía la escuela pública, que disciplinaba y unificaba indios, criollos e inmigrantes (Informantes 1 y 5). Dice Sautu (2016):

Al igual que la familia, la escuela y los círculos de sociabilidad (entre ellos los clubes sociales y asociaciones) son lugares de socialización en el desempeño futuro de sus miembros, que crean y recrean información acerca de sí y de los

otros, construyen y adoptan sistemas de categorización y evaluación de quienes pertenecen, y los que no pertenecen, y estrategias de autopresentación (p.166).

Pertenencia y exclusión, como estrategia

Fueron importantes los esfuerzos de la elite tradicional por mantener su prestigio y poder, basados en la simbología de su espacio social. Este se legitimaba por un sistema de hábitos y prácticas, mediante la presentación de ciertos valores y normas culturales del grupo, que contribuían a reproducir la estructura social vigente, consolidando la exclusión de *los otros*. Fue la construcción del *capital cultural y simbólico*, que es el conocimiento que permite al que lo posee, entender y apreciar cierto tipo de relaciones, y que siempre está unido al honor y a la reputación. Esa pertenencia era plenamente buscada, siendo conscientes del valor positivo de esa situación, y por ende orgullosos de ello, porque esa afirmación lleva implícita la comparación con el otro (*sensu* Bourdieu, 2014).

El proceso de movilidad de clases siempre tiene lugar dentro del dominio de éstas, pero el *estilo de vida* tiende a combinarse con ese concepto analítico y aparecer unificado. Por eso, el blindaje del *estilo de vida* propio, ante la posibilidad de una movilidad ascendente de otros sectores, fue la alternativa que encontró la elite al comprender que una situación crítica se avecinaba por fracaso de la producción tradicional de la tierra, que era el principal capital económico de la elite tradicional, y ya amenazaba con tornar inviable a La Rioja como provincia (Bialet Massé, 1904). La otra posibilidad de encarar la crisis, que ni siquiera se analizó, podría haber sido la democratización y acceso igualitario a las estructuras de producción económica y manejo del poder, incluyéndolo al pueblo llano. Por 1870, según conocemos por Salvador de La Colina, la plaza era el lugar de reunión popular para las retretas, y al frente, por la calle del Telégrafo, hoy P. B. Luna, estaba el *palacio del pueblo*, en realidad la casa de Manuel V. Bustos, muchas veces gobernador tanto él como su hijo, que los 25 de Mayo, después de los juegos populares en la Plaza, agasajaba a *las familias* con un baile. El salón, amueblado sólo con escaños, se iluminaba con velas y se servía mates, licor y bizcochitos, tal era la humildad de la exteriorización de las diferencias sociales (De La Colina, 1999). Llama la atención lo que recalca Nicolás González Iramáin (1945) respecto a que hasta principios del siglo XX las *familias más acomodadas* no ostentaban su desahogo o abundancia, sino que lo disimulaban para no herir el amor propio de los menos pudientes,

las señoras i niñas de mejor posición, solían ayudar con trajes o adornos a sus compañeras “necesitadas” para que asistan dignamente a fiestas y reuniones,

i los hombres se facilitaban las mejores prendas de vestir, de viajar, o de calzar, sin hacer ningún mérito de ello (p. 24).

Sin embargo, apenas pasada una década, por la de 1880, un integrante de la misma familia Bustos, Francisco Vicente, edificó su casa particular frente a la Plaza pero del lado Este, calle de la Merced, hoy J. V. González, y la donó al Estado para funcionamiento de la recién creada Escuela Normal Nacional de Señoritas. Entonces, allí se trasladaron los populares festejos patrios del 25 de Mayo y 9 de Julio, ahora organizados por las autoridades de la prestigiosa Escuela Normal Nacional, y

en esas propicias oportunidades –cuando había muchas niñas y jóvenes casaderos entre la concurrencia– después de la fiesta, i despejado rápidamente de sillas i bancos el salón, se armaba en seguida un baile, con música de piano tocado por las mismas niñas i algún señor de buena voluntad (...) que se prolongaba durante la tarde o la noche (González Iramáin, 1945, p.34).

Menos de dos décadas después la Escuela Normal se muda a nuevo edificio, y ya fundado el Club Social, el edificio frente a la Plaza le fue donado por el Estado como sede, y funcionó allí desde 1910 en adelante.

Las costumbres y hasta los edificios permanecieron, pero en apenas 30 años, con el inicio del nuevo siglo, las cosas habían cambiado. Quedó atrás el tiempo austero, y entonces la elite dirigente ensayó representar lo que nunca fue en realidad, una antigua aristocracia. La vestimenta pasó a ser fundamental, y se compraba en Córdoba, o mejor en Buenos Aires, dos veces al año, para lo cual viajaba expresamente toda la familia (Informantes 1; 2; 3 y 4). El Club Social fue la institución que tomó la posta de las celebraciones sociales representativas que antes se hacían primero en casa del gobernador y luego en la Escuela Normal. Los acontecimientos por excelencia seguirían siendo los bailes de las fechas patrias: el 25 de Mayo y el 9 de Julio, que se hacían ahora en suntuosos salones (Informantes 1 y 2). Para tener una idea de la magnificencia, baste decir que fueron equipados con muebles que había mandado fabricar en Europa el Mariscal Francisco Solano López, Presidente de Paraguay, y que Argentina había confiscado durante la guerra de la Triple Alianza, donándolos posteriormente al gobierno de La Rioja, y éste, al Club Social. Estas fiestas adquirieron un brillo y magnificencia nunca vistos en la ciudad, y la asistencia a ellos era un privilegio importante pues sólo los socios podían asistir. Se enviaban invitaciones a cada familia, y nunca se publicitaba el acontecimiento, que de todas formas conocía toda la ciudad. También había invitados especiales de otras ciudades.

Llegaban riojanos ilustres residentes en Córdoba o Buenos Aires, y miembros del gobierno nacional a los que se debían favores o recompensas. Lo llamativo es que esta ostentación contrasta con la inexistencia de información de las actividades del Club en la prensa, según hemos podido constatar en los archivos de la época. Ni reuniones, ni festejos, ni cambio de autoridades, ni llamados a Asambleas de socios. Pareciera ser una política de la institución, adoptada por cada socio como norma de conducta, que la mejor forma de prestigiar el Club era la discreción y la privacidad, replicando la conducta que ya se venía observando respecto a la familia y la vivienda (Informante 2). La vocación de semi-anonimato del Club como institución tiene su explicación aparente en generar distancia entre *clases de gente*. Comenta un padre de la época respecto a la asistencia de su hijo a estos salones de baile exclusivos “¡A mí me gusta mucho, pues los muchachos que a esta edad entran a los salones de la sociedad, se alejan de los ranchos de las orillas... ¡ aprenden bien pronto a andar entre la gente!” (González Iramáin, 1945 p.35).

Las familias de la elite habían perdido parte de su lugar con la llegada al gobierno nacional del Irigoyenismo –aunque el vicepresidente Pelagio B. Luna era riojano, de familia patricia y socio del Club–, pero la Revolución del '30 volvió atrás los *desbordes populistas*, y demostraría que las elites tradicionales conservaban intactas sus relaciones y redes, y ahora deseaban demostrarlo públicamente. Por eso, la década del 30 fue un punto de inflexión, donde el Club empezó a aparecer en publicaciones. En 1933 se encuentra una breve mención en el semanario La Tarde que da cuenta del baile del 25 de Mayo, donde “por espacio de varias horas desde las 19, los concurrentes se entregaron a las delicias de la danza y entre los mismos notamos la presencia de lo más distinguido de nuestra sociedad” (La Tarde, segunda quincena de mayo de 1933, p. 3). El diario La Rioja se explayaba con notas extensas sobre las fiestas en el Club, con nombres y apellidos (Diario La Rioja –La Tarde II Época– en sus ediciones de 1933, en cada número bajo el título *Concursos*, y también informantes 1 y 2), y hasta la Revista Láinez comentará la vida social del Club relacionándola a los paseos dominicales de La Rioja *selecta y tradicional* (ejemplo Revista Láinez N° 49 15/06/1935, p.12 y en otras ediciones bajo el título *Galería Social*). Los socios buscaban tener presencia pública pero siempre con formas que determinen distancia con *la plebe*. Por ejemplo, un periódico ya citado organizaba concursos para que los lectores identifiquen a ciertas personas de la elite, con adivinanzas de este estilo:

parece que en sus cabellos el oro del sol se hubiera derramado para hacerla más hermosa y atrayente. De regular estatura. Sonrosada. Muy culta y agra-

dable. Es hija de uno de los más altos funcionarios de la provincia. Vecina de La Merced (La Tarde, 6/7/1933, p. 3).

Este cambio de política pública de la Institución requiere una profundización en la investigación, sin embargo, es dable relacionarlo primero con el cambio producido en el mundo de la primera posguerra con la participación fundamental de la mujer en todas las áreas, también en la conducción del Club a través de la recientemente creada Comisión de Damas. Segundo, el auge de la prensa sobre clase alta, que en Buenos Aires deslumbraba a partir de la revista El Hogar que llegaba a todo el país. Sus páginas reflejaban las fiestas, paseos y la vida de la aristocracia argentina y, si bien apuntaba a deslumbrar a la clase media que deseaba asomarse a ese mundo, también estimulaba a las elites del interior a mostrarse sin recelo. En La Rioja lo reflejaba la revista Láinez a través de una sección denominada *Galería Social*, profusamente ilustrada con retratos, fundamentalmente de *Señoritas*. Y en tercer término, los cambios políticos que devolvieron el poder a las elites tradicionales, y era necesario dejarlo en claro a todo el pueblo.

Pertenecer al Club Social como símbolo de prestigio

El Club Social, tal como se explicó, nació y vivió para congregar la elite nativa, la que sostenía derechos hereditarios sobre la ciudad porque sus antepasados la habían fundado cuatrocientos años antes. Los inmigrantes prósperos, en cambio, se congregaron en la Sociedad Italiana, la Española, o posteriormente la Sirio-Libanesa, y los sectores populares se refugiarían, para sus bailes o prácticas deportivas, en los clubes barriales (Informantes 1 y 2). Esta proliferación de Instituciones para reuniones sociales será determinante para la conformación estamentaria de la sociedad y la configuración de *estilos de vida* que determinan el lugar de cada uno en el entramado social. Ruth Sautu (2016) es clara cuando dice:

Los estilos de vida son construcciones colectivas sedimentadas y cristalizadas en las experiencias de interacción social. Su conformación e incorporación demanda tiempo ya que están hilvanadas dentro del tejido de la cultura. Forman parte del tool-kit (caja de herramientas) cultural; se absorbe, y se pierden, muy lentamente. Las experiencias recurrentes de vida asociadas a espacios territoriales y de sociabilidad sedimentan los modos de pensar, y actuar, y de relacionarse con los otros, como también dejan marcas y afectan la identidad social (p.165).

La ubicación estratégica frente a la Plaza siempre colocó al Club simbólicamen-

te como un poder público fáctico, compartiendo el espacio con los poderes del Estado (Casa de Gobierno, Tribunales) y religiosos (Obispado, Catedral). Además, su presencia se hacía notar con normas no escritas pero de cumplimiento obligatorio, que incluían restricciones al uso general de la vereda y a la transitabilidad por la misma (Informantes 1 y 2).

Esta función simbólica del propio edificio fue una construcción muy buscada desde la fundación del Club, que se hizo evidente en su devenir histórico. Fundado en 1906, ya en 1908 sus influyentes socios logran la sanción de la Ley N° 102 donando, con cargo, el actual edificio al Club Social. En esa fecha, el edificio lindaba con la Casa de Gobierno levantada hacía pocos años con el mismo estilo italianizante del Club (hoy demolida). Entre ambas construcciones formaban todo el frente de la plaza, sobre calle J. V. González, conformando un conjunto armónico, y el más sobresaliente del perfil urbano del momento, siendo con seguridad, en virtud de su ubicación y dimensiones, el solar más costoso de toda la ciudad. El edificio había sido legado al Estado por donación, como ya se explicó, para ser ocupado por la Escuela Normal Nacional que todavía lo ocupaba al momento de ser donado al Club, por lo que recién en 1910 pudo concretarse la toma de posesión, al concluirse la construcción del edificio propio de la Normal. Pero en 1937, el Gobierno provincial propuso un cambio de localización del Club, para construir en ese lugar la nueva Casa de Gobierno, lindante con la sede del Superior Tribunal de Justicia, pero fue rechazado por los socios del Club, y el gobierno debió conformarse con cambiar de ubicación su propia sede, acercándose a la catedral. El interés del gobierno por ese edificio fue un alerta sobre lo endeble de la donación con cargo con que se lo había transferido, lo que se corrigió en 1941, consiguiendo los influyentes socios la sanción de la Ley N° 897 de donación pura y simple. En 1953, los tiempos políticos adversos que corrían, con el peronismo en el gobierno, derivaron en la expropiación para que funcionara en ese lugar una sede de la Universidad de Cuyo. Pero apenas producido el golpe de estado conocido como Revolución Libertadora, consiguieron que se les devuelva el inmueble. En 1976, un emprendimiento inmobiliario de una empresa propuso la construcción de un edificio múltiple, con modernas y mejores instalaciones para el Club en los dos primeros pisos, y viviendas en los pisos superiores, pero nuevamente fue rechazado de plano por la Asamblea de socios. En 1984, otra vez el peronismo insiste en la Legislatura con un proyecto de expropiación, pero la influencia de los socios a nivel provincial y nacional abortó la sanción de la ley correspondiente. En la actualidad, la antigua construcción sede del Club sigue siendo un punto de referencia urbano, y forma parte del entramado simbólico, con enorme densidad semántica, por medio del cual

los socios comunican a los demás su forma de pensar y de ser, y el capital de poder fáctico que aún conservan.

Elementos que hacen visibles los dispositivos de superioridad

Ya se mencionó cómo la estrategia desarrollada por los sectores de elite fue la ostentación, como símbolo de pertenencia a un sector destacado, y de esta forma excluía a los que no podían demostrar prosapia fundadora, recursos económicos suficientes y manejo del poder. El Club Social, su lugar de reunión, fue entonces un símbolo de prestigio. Pero ese prestigio se sustentaba fundamentalmente en el ejercicio de poder, de forma pública y ostensible. Por eso los gobernadores fueron siempre incorporados como socios honorarios, y eso hacía a los socios *intocables* para los poderes civiles, que siempre estarían subyugados a las decisiones que se tomaran en el Club (Informante 2).

La prensa no ha mostrado normalmente este aspecto del Club pero excepcionalmente lo hizo evidente, como en una ilustración del 6/6/1933 de La Tarde, de La Rioja. Bajo el título *Mundo al revés*, la imagen representa la alegoría de un señor Club Social próspero y opulento y a la Municipalidad como una viejita pordiosera. El Club le dice: *No me cobre, viejita* y la Municipalidad responde: *perdóneme hermano*. Con esa ilustración se pone en evidencia la injusticia de que la institución potencialmente más rica de la ciudad, siempre fue sostenida y subsidiada, incluso con la eximición de impuestos y tasas, por los gobiernos municipal y provincial.

Así se construyó y consolidó una identidad que cobró existencia y se verifica actualmente, a través de la interacción en el ámbito relacional, que opera fundamentalmente en el aspecto político, pero con raíces en lo económico y el permanente trabajo cultural para ser reconocidos por los otros, incluyendo una identidad influida por el contexto social cambiante, pero que a través de la red de relaciones que posibilita la institución, les permite permanentemente explicar la realidad sin perder el repertorio identitario.

Relaciones sociales que se promovían/desalentaban

La presencia material del Club en la vida urbana era la *loggia* frente a la plaza, recova donde se ubicaban mesas de café *para ver pasar*, estratégicamente ubicada frente a la plaza principal, la fundacional (Informantes 1; 2 y 4). Era importante que el brillo que se proyectaba sobre el resto de la sociedad se pudiera demostrar, y para ello hacía falta un estricto protocolo de admisión interno, pues, además de los pobres a quienes la actividad de las elites les resultaba seguramente indiferente, existía una franja importante de capas medias de la

sociedad, deseosa de asomarse a ese envidiable mundo, al que ciertamente soñaban poder ingresar (Informante 1). Tan estricto era este protocolo, nunca escrito pero sin embargo inviolable, que más de una vez se llegó a extremos rayanos en la falta de sensibilidad para con invitados de algún socio, que no era digno según ese criterio, de formar parte de las tertulias (Informante 3). La elite tradicional sentía un gran desprecio por la plebe, como se denominaba a los sectores desposeídos y que tenían un tinte de piel no estrictamente europea. Las definiciones racistas que hace el socio Joaquín V. González (1971) –vale recordar que el salón principal del Club lleva su nombre– son bien ejemplificativas:

se desarrollan en los ranchos de las orillas, entre la gente más torpe, que no tiene otra manera de manifestar las alegrías ni los pesares, que la embriaguez. Son los descendientes más directos de los antiguos pobladores, raza intermedia, degenerada, llena de preocupaciones propias de la barbarie, y de costumbres que parecen ritos de alguna religión perdida. (...) parece aquella masa semisalvaje pugnando por volver al punto de partida, a la existencia selvática de la edad inculta, impelida por alguna fuerza latente de atavismo, o por las influencias todavía vigorosas de la tierra que la sustenta (González pp.179 - 180).

Aunque no se los consideraba parte de la reducida elite, no se aplicaba, sin embargo, la misma vara para juzgar a los inmigrantes europeos con poder económico, aunque al principio fueron aceptados con recelo. La elite local se pensaba a sí misma, más en términos raciales o de casta, que en términos económicos, pero como la conciencia étnica no surge automáticamente de condiciones objetivas como nacionalidad, religión o atributos raciales sino a través de continuas interacciones de grupos, cuando le convino incorporar elementos sociales distintos, lo hizo, sobre todo a través de matrimonios heterógamos. Una vez incorporado un individuo a una *familia*, seguramente también era aceptado como socio del Club. Es importante aclarar que esta condición siempre fue de última instancia, prefiriéndose el casamiento con otros miembros de la elite de igual calidad étnica y social. Como consecuencia de lo anterior se encuentran casos y situaciones en los cuales detentar el mismo estilo de vida no garantizaba pertenencia (Informantes 1; 2 y 3).

Sobre el filo del cambio de siglo, la posibilidad de viajes más cómodos a través del ferrocarril funcionó como un gran difusor de la *modernidad*. La edificación en la ciudad se vistió de pilastras y molduras a la *italiana*, y la fachada del edificio del Club fue el principal ejemplo. Junto a eso, formas más desacartonadas de vida se hicieron sentir en todos los órdenes de actividad. Pero el prestigio social

seguiría adscrito a normas muy tradicionales. Los recién llegados inmigrantes deseaban franquearse el ingreso aportando riqueza, y las familias tradicionales empobrecidas debieron aceptarlo a regañadientes, entrelazando casamientos y herencias, aportando prosapia para la inclusión social (Informantes 1; 2 y 3). Lo que en ese momento vivieron y sintieron aquellos socios respecto a los inmigrantes, en la actualidad repite la lógica con los personajes de la política. Estos representan una nueva elite emergente, política y económica, pero que están ávidos de reconocimiento social, y lo buscan en el prestigio del Club. Esto lleva a que los primeros se aferren a su estatus, basado en el modo de vida y el linaje, y los segundos traten de incorporar estos modos de vida para verse reflejados, al menos, en el mismo espejo (Informantes 2 y 4).

Discusión

El Club Social de La Rioja, parangonando a los demás clubes de su tipo del resto del país, se constituyó como el principal centro de reunión –si no el único– de las élites riojanas desde su creación hasta casi finales del siglo XX. Cada socio del Club tuvo conciencia de que por esta situación participaba de un YO colectivo, de una identidad con todas esas otras personas que en ese mismo momento participaban de esa circunstancia, y del linaje que lo precedió. En este marco se dio la consolidación ideológica y social de estas élites, lo que se demuestra, sobre todo, mediante las reuniones que desde el Club Social se organizaban, y que adquirían las más diversas y excéntricas formas, desde galantes bailes hasta largas noches de juegos de naipes, pasando por simples reuniones de café, pero en donde siempre se mezclaban los intereses públicos, con los privados de los socios del club. Y marcando, sobre todo, una fuerte conciencia de pertenecer a una clase *privilegiada*, en base a su propia exclusión respecto de *el otro*. Un conjunto social desde donde miraban con cierto desdén a los otros actores sociales que, por ende, sólo complementaban *su* mundo restringido. Pero una cosa es muy importante, lo hacían con plena conciencia de que en ese mundo, ellos eran la esencia de La Rioja, sus valores y tradiciones, y *los otros* sólo *degeneraciones*. Lo importante es la comprobación de que aún hoy, a pesar de todos los cambios sociales, políticos y económicos en más de cien años, lo que representa el Club como *valores tradicionales* siguen siendo los mismos que Joaquín Víctor González destaca en su abuelo: insensibilidad social, modales y cultura europea, con prosapia que se remonta a la colonia española por cualquier vericuetto, manejo de los resortes del Estado a través de sus redes y convencimiento de que las clases populares son las responsables del atraso del país.

Referencias

- Bazán, A.R. (1992) *Historia de La Rioja*. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.
- Bialet Massé, J. ([1904] 1985). *Informe sobre el estado de la clase obrera (I)*. Madrid: Hyspamérica Ediciones de Argentina.
- Bisemanal *La Tarde*. Segunda quincena de mayo de 1933. La Rioja. Colección en Archivo Histórico de la Pcia. de La Rioja.
- Boixadós, R. (2001). Familia, herencia e identidad. Las estrategias de reproducción de la elite en La Rioja colonial (Gobernación del Tucumán, siglo XVII y principios del XVIII). En *Revista de Demografía Histórica*, XIX, II, 2001, pp. 147-181.
- Bourdieu, P. (2014). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bragoni, B. (1999). Familia, clientes y parientes de una provincia Andina, en los tiempos de la Argentina criolla. En Devoto, Fernando y Madero, Marta (directores). *Historia de la vida privada en Argentina*. Tomo I. Buenos Aires: Taurus (Grupo Santillana).
- Bravo Tedín, M. (2004). *Historia de La Rioja*. Córdoba: Del Molino.
- Conti, V.E. (2008). Familia, redes y negocios en Sudamérica (1790-1850). En *Colloques 2008. Actas del Coloquio "Familia y organización Social en Europa y América, siglos XV-XX"*, Murcia, Albacete, 12/14 de diciembre de 2007, pp. 129-144.
- De La Colina, S. (1999). *Crónicas Riojanas y Catamarqueñas*. Tomo VII. La Rioja: Editorial Canguro/Biblioteca Popular Mariano Moreno. Colección Ciudad de Los Naranjos.
- Devoto, F. y Madero, M. (1999). Introducción. En Devoto, Fernando y Madero, Marta, (directores). *Historia de la vida privada en Argentina*, Tomo II. Buenos Aires: Taurus (Grupo Santillana).
- Diario *El Independiente*, Ediciones de 1933. La Rioja. Archivo propio del diario.
- Diario *La Rioja*, (*La Tarde segunda época*), Ediciones de 1933, La Rioja. Colección en Archivo Histórico de la Pcia. de La Rioja.
- Giuliano, J.C. y Ávila, R.A. (1993). *Arquitectura de la Rioja hasta 1880*. La Rioja: Editorial Canguro.
- González, J.V. ([1893] 1971). *Mis Montañas*. Buenos Aires: Editorial Atlántida.
- González Bernaldo, P. (1999). Vida privada y vínculos comunitarios. En Devoto, F. y Madero M., (directores). *Historia de la vida privada en Argentina*, Tomo II. Buenos Aires: Taurus (Grupo Santillana).
- González Iramáin, N. (1945). *Del Solar Riojano*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Didot.

- Guzmán, M.F. (1990). Negros en el Noroeste. En *Todo es Historia* N° 273. Marzo de 1990. Buenos Aires.
- Haber, A. (2013). Anatomía disciplinaria y arqueología indisciplinada. *Revista Arqueología* 19 Dossier: 53-60, Instituto de Arqueología, FFyL, UBA, Bs.As.
- Jofré I.C.; López Guirado, M.B., Araya Lisette S., Bonfatti L., y Aroca Negrón P.D. (Cayana Colectivo de Arqueología) (2010). Arqueologías nativas como una elaboración colectiva y la militancia en la investigación. En: Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, editado por Roberto Barcena y Horacio Chiavazza, Tomo IV, Capítulo 29, Mesa Redonda 2, pp. 1465-1469. Fac. Fil. y Letras de UNCuyo e Inst. de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales CONICET. Mendoza: Zeta Editores.
- Lorandi, A.M. y Smietniansky S. (2004). La conspiración del silencio. Etnografía histórica de los Cabildos del Tucumán colonial (1764-1769). En *Revista Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 41, Viena, pp.65-90.
- Navarro García, L. (1989). El sistema de castas. En *Historia general de España y América: América en el siglo XVIII, los primeros Borbones*. Tomo XI-i. Madrid: Ediciones RIALP S.A.
- Quiñónez, M.M. (2009). Familia y red social. La elite salteña en las primeras décadas del siglo XIX. Publicada en *Acta Académica Revista Digital*. Ponencias en "X Jornadas Argentinas de Estudios de Población. San Fernando del Valle de Catamarca, 2009. Disponible en: <http://www.académica.com>. (Consulta 24/07/2015).
- Revista *Láinez*, N° 49 15/06/1935, La Rioja, Colección Biblioteca Mariano Moreno de La Rioja.
- Robledo, V.H. (2010). *La Rioja negra, tercera raíz*. La Rioja: Nexo grupo Editor.
- Saguier, E.S. (1993). El parentesco como mecanismo de consolidación política de un Patriciado colonial. El caso de las provincias platenses del Virreinato peruano (1700-1776). En *Revista Estudios de Historia Social y Económica de América* 10. Alcalá de Henares. España, pp. 61-116.
- Sautu, R. (2016) La formación y la actualidad de la clase media argentina. En Kessler Gabriel (compilador). *La sociedad argentina hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Semán, P. y Ferraudi Curto, C. (2016) Los sectores populares. En Kessler Gabriel (compilador). *La sociedad argentina hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Tenti, M.M. (2013). *La formación de un Estado periférico. Santiago del Estero (1875-1916)*. Santiago del Estero: Ediciones Universidad Católica de Santiago del Estero (UCSE).

Terán, O. (2008). *Historia de la ideas en Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Informantes

Informante 1: solicitó identidad protegida, varón, 60 años, hijo de socio histórico del Club, profesional, residente actual en La Rioja. Su testimonio está grabado.

Informante 2: solicitó identidad protegida, varón, 60 años, socio nuevo del Club, profesional, residente actual en La Rioja. Su testimonio está grabado.

Informante 3: solicitó identidad protegida, mujer, 70 años, hija de socio histórico del Club, profesional, residente actual en La Rioja. No aceptó ser grabada por lo que la transcripción no es textual.

Informante 4: solicitó identidad protegida, mujer, 69, socia activa del Club, reside en La Rioja. Su testimonio está grabado.

Informante 5: solicitó identidad protegida, mujer, 60 años, descendiente de un fundador de la ciudad y emparentada a varios gobernadores, socia del Club pero que no asiste desde hace muchos años, profesional, residente actual en La Rioja. Su testimonio está grabado.

Las grabaciones fueron realizadas en audio, se conservan en archivo particular del autor, y las transcripciones están disponibles solicitándolas por mail.